

B 2  
PANEGÍRICO

DEL GLORIOSO



S. Dionisio Areopagita

PATRONO

DE

Jerez de la Frontera.



Predicólo en su Fiesta,

9 de Octubre de 1907,

EL

R. P. José Manuel Ricardo,

*de la Compañía de Jesús.*



JEREZ:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL "DIARIO DE JEREZ"

CALLE HIGUERA, NÚM. 2

1908

B

2



# PANEGÍRICO

DEL GLORIOSO

# S. Dionisio Areopagita

PATRONO

DE

Jerez de la Frontera.



Predicólo en su Fiesta,

9 de Octubre de 1907,

EL

**R. P. José Manuel Ricardo,**

*de la Compañía de Jesús.*

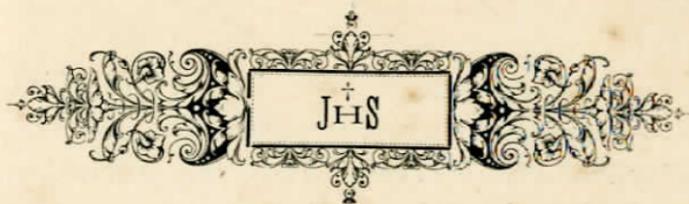


JEREZ:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL "DIARIO DE JEREZ"

CALLE HIGUERA, NÚM. 2

1908



*Pax tua et justitia tua sicut gurgites  
maris.—Is. XLVIII. 18.*

Tu paz y tu justicia como los pro-  
fundos del mar.—Is. XLVIII. 18.

*Excmo. Señor :*

*Íltmo. Señor :*

**N**EGAR tributo debido á la verdad y á la evidencia (y nunca se comete, señores, esta rebeldía sin incurrir en temible sanción) sería querer disimular yo el consuelo que experimento, la preocupación que me domina. Consuelo y hasta orgullo noble, al sentirme tan sin merecimiento propio escogido para dirigiros la palabra, y al serme preciso con hijos de la misma patria hablar de nuestra madre común, queridísima para todos: preocupación innegable, nacida de la idea que tiene mi alma de esta solemne festividad, del día de San Dionisio.

La misma ausencia, en que la mano providentísima de Dios me tuvo tan largos años, ha cristalizado

en mi fantasía aquel concepto de esta solemnidad cívico-religiosa, que yo formé al oírse la explicar á mi santa madre, y al considerar todas sus circunstancias, cuando traído por ella asistía en estas mismas naves á toda la tradicional ceremonia.

Nunca se ha borrado de mi pecho, en él se conserva como en un relicario, la impresión honda, sublime, pero indefinible que me producían el concurso unido de ambos nobilísimos Cabildos, archivos de las glorias cívicas y eclesiásticas de Jerez, el gentío innumerable de todo un pueblo, que aún en días luctuosos y de tempestades se apiñaba ante el altar de San Dionisio, los senescentes y tartamudos ecos de la legendaria campana, el tradicional pendón albergando en sus pliegues, como árbol de nobleza, nombres y fechas venerandas y destilando todavía de sus hilos sangre del Salado y de Zahara; y sobre todo esto, algo que aún parece retumbar en mi pecho como un himno de prez y de victoria, como el eco de todo un pueblo dilatado en la sucesión de ocho centurias, como el latido gigantesco que reuniera en sí los latidos de todos los corazones jerezanos, la palabra elocuente del ministro de Dios, que desde este púlpito sagrado recorría el velo de la historia, evocaba recuerdos, despoblaba lo pasado, convocaba ante el altar á miles de coronados héroes, hacía revivir el Jerez histórico y el Jerez legendario, y segando flores y derribando palmas elevaba un altar al Areopagita, un monumento que colocado en medio del

camino de la vida, dirigiera vuestros pasos para la prosperidad, la nobleza y la verdadera gloria.

Han pasado treinta años. Adivinad vosotros, amados hermanos míos, el asombro y el rubor que experimento, al darme cuenta de que he sido designado únicamente por vuestro cariño y benevolencia para suceder á aquellos oradores, que yo no supe sino admirar, y que eran para mí algo sobrehumano y maravilloso.

Una sola cosa me explica esta designación: habéis querido sin duda dar un testimonio de respeto al recuerdo de aquella mujer fuerte, mi venerada madre, á quien acompañásteis en sus lágrimas y en sus alegrías; y habéis querido también honrar en mi pobre persona á la Compañía de Jesús, verdadera madre mía en el espíritu, y testificarle vuestro respeto y nunca desmentido cariño. Si así es, yo agradezco vuestra caballerosidad, y depongo este honor ante la tumba de mi madre, ante los pies de la Compañía de Jesús.



2. Han pasado, os decía, treinta años!

El tiempo ha ejecutado su obra, y lo menos ha sido hacernos hombres á los que éramos niños! Aquellas convulsiones revolucionarias del 68 y del 73, que sacudieron nuestros primeros años, y que por un momento cubrieron de sacrilegios y escombros nuestro querido suelo, pasaron; pasaron, pero no sin

dejar las almas cubiertas de frías cenizas, de ruinas morales: á las revoluciones sucedieron calamidades, y estos alegres jerezanos campos se vieron marchitos y corroídos por el azote de Dios, que revestía formas menores aún que en las terribles plagas faraónicas.

Toda España también se ha sentido transformada. La enseñanza del error y de la verdad, la disputa hablada y escrita de todo y contra todo, la licencia descarada con nombre de libertades de perdición, han traído con fuerza lógica el escepticismo, la incredulidad, la ausencia de ideas, la extirpación del carácter, el hastío de lo propio y viejo, el deseo de lo extraño y flamante. Desgracias nacionales, derrotas luctuosas, éxitos desgraciados, pérdidas irreparables, aumento de necesidades, agobio de exacciones, ambiciones una y muchas veces frustradas, promesas cien y cien veces incumplidas han engendrado la desilusión, la desesperanza, el amor al lujo, la sed de voluptuosidad, la codicia del dinero, el olvido del honor y del alma, y hasta aquella vergüenza—rubor cuesta confesarlo—de eso que ha dado en llamarse «la leyenda de nuestros siglos de oro».

Señores y hermanos míos, como hombres, como españoles, como jerezanos, no habéis podido aislarlos del movimiento de España, y vuestros corazones, bien nacidos y generosos, han tenido que sentir el peso deprimente de la tristeza general, el veneno de la infidelidad que se ha infiltrado en todos los demás corazones

No en balde, no, han pasado treinta años!

3. Y con todo persiste la fiesta cívico-religiosa de mi niñez; aún se celebra el día de San Dionisio Areopagita; y el concurso, la solemnidad, el fervor y el entusiasmo, los sonos balbucientes de la campana cascada, el regio pendón de cien batallas, los dos Cabildos al pie del altar, todo, absolutamente todo, me saca de la realidad, me eleva y me purifica y me hace exclamar: Hoy como ayer!

No es ilusión mía, no es aprensión fantástica; lo leo en vuestros rostros, lo siento en el latir de vuestros pechos. Vuestras almas jerezanas, vuestros caballeros corazones, vuestra noble sangre, al ver á vuestro amadísimo patrono, descubre elevándose á las alturas de la fe, olvidando las impurezas de la vida, en lo que ha sido Jerez con San Dionisio una esperanza de lo que con él puede volver á ser.

Idea que haré mía, y será como el eje de todo este panegírico, creyéndome yo feliz si no soy original en esta ocasión; más me limito á ser voz de lo que Dios, y no otro, clama en vuestros corazones.

Idea que, contando con vuestra benevolencia, desarrollaré formulada en esta sencilla

PROPOSICIÓN:

*El Patrocinio de San Dionisio Areopagita s. bre nuestro amadísimo Jerez,*

*es preparación adecuada de su grandeza;  
es aliento y espíritu perenne de su gloria;  
es esperanza única de su resurgimiento.*

*Ave María.*



4. Al patrocinio del glorioso Areopagita sobre Jerez le cuadran aquellas expresiones de amor preveniente, que dirigió Nuestro Salvador á sus Doce: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* (S. Juan 15. 16.) Yo os elegí á vosotros, que no vosotros á mí. Porque se puede decir que aún no era Jerez, aún era como si no fuese, y las oraciones del mártir insigne de París atrajeron sobre la musulmica Jerez las armas libertadoras de San Fernando y de Alfonso el Sabio; ellas dieron heroicidad inverosímil y verdadera á Gómez Carrillo y Fortún de Torres, ellas abrieron definitivamente las puertas de Jerez al ejército cristiano en 9 de Octubre de 1264, y ellas descendieron á Jerez, también en 9 de Octubre de 1284, de los 18.000 ginetes con que la tenía apretada el Miramamolín.

Cuando los jerezanos agradecidos vieron en las fechas de su repetida libertad la mano providente de San Dionisio, y cayeron de hinojos ante su altar, y le consagraron templo, y le alzaron en sus banderas, y le tomaron por Patrono, una voz dulcísima resonó en sus almas repitiendo: No, no sois vosotros los que me elegís, *non vos me elegistis*, sino que yo os he prevenido con mi elección, *sed ego elegi vos*.

Escuchadme ahora una sencilla deducción: tales favores y tan repetidos indican protección; la protección dice amor, el amor ó halla ó supone semejanza; luego San Dionisio al prevenir con su protección y amor á Jerez, ya que no halló en él semejanza suya, la preparaba y la disponía. Si yo con

la gracia del cielo consiguiera demostrar que la imitación de San Dionisio es el carácter y la grandeza de Jerez, quedaria evidenciado que «este patrocinio, al preparar esa imitación, prepara también aquella grandeza.»

No me neguéis vuestra atención.

5. La mejor, la única filosofía de la Historia está en las divinas Escrituras. Los hombres cavilan, conjeturan, presienten, palpan indecisos, alguna vez adivinan, rastrean. Pero ¡cuán inexacta, cuán incompletamente! Ya se fijan en el nacimiento de un genio, ya señalan la casual reunión de raras circunstancias, ya es la desgracia fatal que persigue á un individuo, á una casa, á un pueblo, ya es la atolondrada fortuna que no rinde cuentas.... La eterna incógnita de la Historia!; el hado, la suerte, la desdicha, la casualidad, la fortuna...

No, señores, no: nosotros hemos de decir con nuestros antiguos: «No hay más fortuna que Dios.»

Y por eso los Libros Santos, razonando las calamidades y las bonanzas de los pueblos, presagiándolas unas veces, declarándolas otras y siempre aleccionando y amaestrando en tesis á todos los hombres de los planes y deseos de Dios, de sus promesas y de sus amenazas, nos expone y explica por qué Nembrot esparce al linaje humano por la faz de la tierra, y cómo Faraón fortifica y multiplica bien á su pesar la raza de Jacob, y por qué Nabu-

codonosor encadena como león herido á Sedecias y hace esclava á Jerusalén, y cómo Ciro es vara de justicia y de misericordia en la mano de Jehová, y cuáles son los pasos permitidos dar al Magno Alejandro, y para qué han de inundar y sujetar el mundo las armas de la poderosa Roma! Hé aquí dónde se inspiraron para la verdadera filosofía de la Historia San Agustín y Sigüenza, Bossuet y Calderón de la Barca.

Pues allá en la profecía de Isaias, gran profeta él y gran filósofo, hay un capítulo, el XLVIII, lleno de la providencia de Dios, y en él viéndose ya al pueblo de Judá sumergido en su ruina y desesperación le recuerda el Señor cómo Él se lo amenazó, y cómo también le había descubierto el panorama de su felicidad si le hubiera seguido á Él.

Y ¿cuál hubiera sido? Felicidad de paz y de justicia, pero felicidad semejante á los hervideros y profundidades hervorosas del mar. *Pax tua et justitia tua sicut gurgites maris.*

Paz y justicia, eso sí, pero paz y justicia profunda y abundante; más no en el reposo muelle del remanso ó del lago que se corrompe y seca, sino en el movimiento vivo de la lucha, del sempiterno combate, del hervir continuo de los remolinos y oleajes del mar: *sicut gurgites maris.*

Sublime alegoría de la Iglesia de J. C., reino fundado en la paz verdadera que el Príncipe de ella le conquistó en la Cruz, y en la justicia santa que la

Víctima del Calvario hizo en sí comunicándola á su Esposa Inmaculada; reino de paz y de justicia, pero no fundado en las tranquilas aguas del pantano de este mundo, sino predestinado á una lucha constante y viva, al eterno vaivén de las luchadoras ondas del mar. *Pax tua et justitia tua, etc.*

Alegoría también magnífica de la vida pacífica y justa á los ojos de Dios, pero agitada, perseguida, inquieta á los ojos del mundo, que llevaron aquellos varones apostólicos, que como los apóstoles sus Maestros, tuvieron la paz, *non quomodo mundus dat*, no como la da el mundo, sino la paz de la pelea y del combate, la paz del cordero entre lobos, la paz del apóstol en un pueblo rebelde, la paz del guerrero en medio de hostiles asechanzas, *sicut gurgites maris.*

Y hé aquí delineada ya la fisonomía de San Dionisio Areopagita.

6. Para comprender al cual hay que reconstruir el mundo en que vivió; porque así como no hay nada menos vivo y menos historia, que la muerta alineación de un museo histórico; así nos puede pasar con la Hagiografía, si no vemos en ella más que una alineación de estatuas más ó menos sorprendentes, más ó menos bien cinceladas.

De San Dionisio ¿qué se nos dice?

Que fué aquel filósofo astrólogo, que en Heliópolis de Egipto recibió el Viernes Santo un rayo de luz sobrenatural al verse sobrecoigido por el eclipse físico

de las tres de la tarde; que vuelto á Atenas y elegido entre los suyos por areopagita, acaso por cabeza de ellos, tuvo el segundo llamamiento de la gracia al escuchar á San Pablo predicar las grandezas del «Dios desconocido»; que rendido á la voz del Apóstol y á la eficacia de las misericordias de Jesucristo, creyó y se convirtió y se bautizó con toda su casa y familia; que entregado después á recibir las enseñanzas de la fe, las bebió de los divinos labios de Hieroteo, aquel varón extático, teólogo, santo, apóstol y discípulo de apóstoles, que se señalaba y discernía en el cónclave de los sacerdotes de Dios, y á la vera de San Juan y Santiago y del príncipe de los Apóstoles San Pedro; que conducido por la sagrada mano de Hieroteo asistió con los apóstoles y discípulos del Señor al tránsito y dormición de la Reina del cielo; que ordenado obispo de la pequeña cristiandad de Atenas la gobernó y apacentó fidelísimo pastor; que para enseñanza y pábulo de su grey, y para bien de la Iglesia, escribió de la esencia de Dios en el libro «de los nombres divinos», de las tradiciones y jerarquía de la Iglesia en el «de la jerarquía eclesiástica», y de los más elevados misterios de la naturaleza angélica y de la unión del alma con Dios en sus tratados «de la jerarquía angélica» y «de la Teología mística»; que en alas del espíritu apostólico dejó á Grecia, atravesó á Europa, y con sus compañeros Rústico y Eleuterio llegó á las Galias, donde predicó la Cruz de Cristo á los valerosos celtas, y

halló en París la única corona proporcionada á sus méritos, el martirio. (1)

#### 7. Reconstruyamos ya aquel medio social.

Era el siglo I del Cristianismo. Grecia, donde va á desarrollarse la historia de Dionisio, no era ya la Grecia de los poetas, ni la de los oradores, ni la de los filósofos, ni siquiera la de los retóricos y críticos. Se habían secado para siempre las lenguas de Homero y Píndaro, de Esquilo y Sófocles, de Isócrates y Demóstenes, de Platón y Aristóteles; y la brutal esclavitud romana aún había agostado la poesía convencional de Teócrito y Bion, la musa decadente de Menandro, y la análisis crítica de los griegos de Alejandría.

Estamos en plena decadencia. La religión, hastiada de la bancarrota anárquica de la Mitología, se

(1) No es intento del autor, ni parece corresponder al propósito de un panegrico fallar la controversia histórica de la identificación de los Dionisios de Atenas y París y la atribución de las obras del Areopagita. Aceptada la afirmativa por toda la Edad media, fué negada por Erasmo y Lorenzo Valla en el siglo XVI, y perdura la disceptación sin estar definida por unos ú otros contendientes.

Veáns. por la negativa: Duchesne en sus *Fastes episcopaux*; Oton Basidenhewer en su *Patrologie*. y Hurter en su erudito *Nomenclator*.

Este último no oculta ser hoy día seguida la opinión antigua y afirmativa. Por ella se pronuncian los PP. Bolandistas y los Wirceburgenses, la revisión novísima del Breviario Romano, C. M. Scheider en su *Areopagítica* (1884), el autor de la *Autenticità delle opere* de S. Dion. Areop. 1878), y otros.

había vuelto á un Dios desconocido, y entre el Partenon y el templo de Teseo le había erigido un ara; la Filosofía, desdeñosa con Platón y con Aristóteles, ó se arrastraba en los charcales de la grey de Epicuro, ó con un dorado materialismo tendía su modesto vuelo para estudiar desde los terrados y las torres el luciente y aristocrático mentir de las estrellas; la elocuencia y la poesía mudas abandonaban su lira, para que una poetisa compusiera versos aduladores al procónsul Q. Flaminio en nombre del Senado de Atenas, ó huían avergonzadas de las riberas helénicas, para exhibir como objetos arqueológicos y curiosos ante los ojos de los romanos del imperio los fragmentos de Homero y Aristófanes, las grandezas de Píndaro y de Demóstenes.

Roma entretanto no tenía más idea que el acero de sus legiones; Egipto, galvanizado un momento por el orgullo de Alejandro y de los Tolomeos, volvía á su secular letargo arrullado por las sutilezas de sus sofistas; y de un oscuro rincón del imperio salían doce hombres, que iban á ser legión, que serían ejército, que habían de ser avalancha, inundación, porque llevaban una idea divina, universal, regeneradora.

Todo esto lo sintió Dionisio, todo lo experimentó.

Ó amargado por la decepción que todo esto le causaba, ó arrastrado por la corriente emigradora que tanta degradación producía, se refugió también Dionisio en el dorado y aristocrático positivismo de

la astronomía y astrología; pero allí le sorprendió el eclipse milagroso que le arrancó de los labios el famosísimo dilema: Ó el orbe perece, ó su Criador padece.

El orbe no pereció, y Dionisio volvió á Atenas con el segundo miembro del dilema clavado en el alma. Rodaron los años, y no se resolvió su duda; entró á formar parte, acaso á presidir, el Areópago, que era tan sólo un nombre, una sombra de lo que fué, como Atenas misma era sombra de la Atenas que lo instituyó, y entre las mil controversias inútiles, que ocupan siempre á los senados decadentes, no habían tenido tiempo los areopagitas de preguntarse quién era el Dios desconocido, de que á la continua les hablaba un altar colocado entre el Partenon y el templo de Teseo. ¿Habría alguna vez Dionisio sospechado si aquel ara se consagraba al Dios, que al padecer eclipsaba el sol y conmovía el orbe?

Judío de nación y por ende despreciable, bajo de cuerpo y de ruín presencia, cierto orador pidió un día que se le oyera en el Areópago. Habló, y habló del Dios desconocido, y habló de un Dios que murió Crucificado, y Dionisio comprendió que su dilema era verdad, y que el orbe no se había desencajado, pero que su Criador había padecido para resucitar y redimir á los hombres. En las palabras de aquel judío contentible había percibido acentos divinos, en sus ojos llameaba el Espíritu de Dios, en su frente había una luz de genio sobrenatural; era uno de los

de la raza redentora, y Dionisio creyó y se bautizó, y se agregó á él para participar de sus empresas.

Y en este instante entra en la escuela de Hieroteo. Aquel claro entendimiento de Dionisio, que en la degradación de su siglo soñaría con las altísimas aberraciones de Platón, quedó sorprendido y anegado en el mar de verdades que fluían de los labios de Hieroteo. Hieroteo le condujo á Éfeso, y le puso frente á frente «de aquel cuerpo, que dió principio á la vida y concibió á Dios»; le hizo asistir en el momento supremo, en que se despedía de la vida temporal la Madre de Dios, y él se vió en el círculo de sumos Sacerdotes más escogidos, y donde escuchaban los conciertos angélicos. Hieroteo le había explicado la economía y grados de la Iglesia, le había declarado sus ritos, sus ceremonias, le había hecho distinguir las jerarquías y oficios varios de todos sus ministros. Hieroteo, subido en el alto monte de la revelación escrita y de la tradición revelada, le había hecho conocer el orden supremo de las jerarquías celestiales, y ya sirviéndose de su razón, ya de las sagradas Letras le había enseñado á rastrear la Sustancia en sí misma, el Ser puro y absoluto, grande sobre toda grandeza, infinito sobre toda infinidad, simple sobre toda simplicidad, abismo de todo ser, y en sí mismo sobreexcelente, sobresustancial, sobreeminente.

Llenóse Dionisio de esta plenitud de saber cristiano, y necesariamente encontró en el zelo el acicate

necesario á salir de sí. Reputó pequeño el círculo de Atenas y Grecia, y voló á las Galias. Allí le esperaba la lucha continua, la lucha acerba, la lucha postrera, la corona del martirio.

La lucha postrera! he dicho bien. Porque Dionisio vivió en perpetua lucha. Combatió y peleó con la degradación de su siglo; combatió y peleó con las preocupaciones gentílicas heredadas; combatió y peleó con la vana ciencia humana que se empeñaba en explicar lo sobrenatural; combatió y peleó hasta vencer en el Bautismo. Y después su vida fué no menor pelea. Combate y pelea callada con la ignorancia y el orgullo que no quieren el cautiverio de la fe; combate y pelea con sus compatriotas que desdeñaban una doctrina mística y espiritual; combate y pelea en los años de predicación y zelo apostólico; combate y pelea con las cárceles, azotes, potros, hasta ser coronado por la cuchilla del verdugo de París.

En verdad, señores, que pueden ser lema y síntesis de la vida del divino Areopagita aquellas palabras ya por mí tan repetidas: *Pax tua...* Sí, ese reinado de justicia y de paz, abundante y profunda como el mar, no estuvo sino en continuo hervir y continuo batallar; *sicut gurgites maris*.

8. Este carácter fué el que amó San Dionisio Areopagita en Jerez, y este carácter es el que preparó su grandeza.

Era el 9 de Octubre de 1264: por sus puertas abiertas de par en par salían los vencidos hijos de Mahoma para entregar la ciudad al hijo de San Fernando, que rodeado de los insignes ganadores de Jerez los esperaba. Recibido el homenaje de los vencidos, puestos en marcha los vencedores, llegan al Alcázar humeante aún con la sangre heroica de Torres y Carrillo, y ante el altar de Santa María recibe Alfonso el juramento de fidelidad de los caballeros jerezanos. —Adiós, mis caballeros, responde Alfonso, os dejo á Jerez y en Jerez para prueba de vuestro valor y vuestra lealtad; llevad en el escudo que os doy la continua memoria de lo que habéis de ser; esas olas que forman su centro son las del mar; «ca siempre están en pelea», ceñídlas de castillos y leones, que serán vuestros bravos pechos para estar siempre con ellas en perenne combate.

Ese es, noble Jerez, tu escudo, ese es tu blasón.

A ese escudo y á ese blasón ¿qué le falta sino una orla volante con esta leyenda: *Sicut gurgites maris?*

He aquí lo que San Dionisio amó al tomar el patrocinio de Jerez, y he aquí lo que fundó la grandeza jerezana, lo que también le animó y realzó en el período de su gloria.



9. El cual os es á vosotros muy familiar.  
Recordémoslo.

No hablemos, señores, de aquella semifabulosa Xera, colonia fenicia, municipio romano, hilo tenue de nuestra ascendencia que se une con la obscuridad del mito: esto no es otra cosa que la voz de los siglos remotos que pregonan la liberalidad proveniente de Dios, que tales campos y tales cielos y tales bendiciones naturales dió á esta porción escogida de España, que detuvieron y aprisionaron los ojos codiciosos de los fenicios, los ojos brutalmente conquistadores de los romanos: Xera, pues, ya desde aquel remoto evo, era rica de suelo, fuerte y estratégica de posición: los ojos de Hércules que la funda, de Julio César que la amuralla son de ello argumento.

El tiempo del cautiverio árabe, aquellos quinientos cincuenta años, desde el de 712 á la época de nuestra Reconquista 1264, nos ponen de manifiesto las maravillas de naturaleza y de gracia que Dios iba depositando en nuestro pueblo.

La índole de la invasión sarracena, que empezó por intervención armada, siguió por paseo militar, y concluyó por ocupación definitiva é inesperada para los ocupantes mismos, hizo que Tarik en 711 pasara por el antiguo municipio Ceretano como un rayo sin tocar apenas, ni dejar sentir su mano destructora: mas obligado el año siguiente á reemprender la conquista se detuvo con el pueblo promiscuo de judíos, árabes, siriacos, bereberes y egipcios, que le seguía y ocuparon «las venturosas tierras de Jereto y de Sadunia» para vivir «en ellas á su pro».

No seguiremos al árabe y cautivo Xereto ya bajo los jeques de Medina Sidonia, súbditos del emirato cordobés, ya después en tiempos del califato, ó á la obediencia de los reyezuelos de Sevilla: todo eso no nos importa, como no importan al hijo legítimo las altercaciones y diferencias de los varios adúlteros, que van manchando el lecho materno y el blasón de su familia. Jerez seguía con los dones que del cielo había recibido creciendo en prosperidad hasta excitar el zelo fanático de Haken, califa de Córdoba, á mandar descepar dos tercios del viñedo jerezano, sacrificando el progreso de la región al ridículo culto del Alcorán. Así nuestro Jerez materialmente crecía, y por su posición, su suelo y su clima iba eclipsando á su antigua capital Medina Sidonia.

Pero Jerez no era sólo campiñas feracísimas, cielo hermosísimo, viñedos eliseos, campos de Ceres y de Baco, no: era mucho más. La tradición isidoriana que formando la España visigótica había civilizado especialmente nuestra Andalucía, aquella tradición cristiana que de la sede de Leandro y de la corte de Hermenegildo había levantado el Sur de España en la primera de nuestras guerras religiosas; aquella enseñanza segura y valerosa, que personificada en el Prelado fugitivo y en el Rey mártir, se dejaba oír benévolamente de la corte de Constantinopla y del Papa San Gregorio; aquella tradición y aquella enseñanza arraigaba profundamente en el alma jerezana, cautiva, pero no rendida bajo los hijos de Mahoma.

Ya he mentado á los muzárabes jerezanos. La historia, casi siempre adoradora del éxito, ha solido callar á estos héroes que no lo tuvieron ruidoso y afortunado. Hoy día empiezan á hacerles justicia. Un gran nombre en la Historia ha tratado de ellos, Simonet, y ha escrito un gran libro acerca de «aquellos españoles que, subyugados por la morisma, más no sin honrosos pactos y capitulaciones, conservaron constantemente por espacio de muchos siglos la religión, el espíritu nacional y la cultura de la antigua España romano-visigótica y cristiana, arrostrando con entereza muchos trabajos, persecuciones y calamidades, ganando nobilísimos lauros y palmas de héroes, de doctores y de mártires, contribuyendo con su ayuda y su saber á la restauración y progresos de la nueva España.» (1)

Gloria es esta que compartieron nuestros compatriotas en los acerbos días del cautiverio; ellos conservaron la vida cristiana de Jerez ¿quién dirá con cuántas vicisitudes? pero siempre con independencia; á ellos se debe la guarda de nuestros templos como sagrados hogares de los que peleaban fuera; ellos recibieron en sus reuniones y casas á los fugitivos de Medina Sidonia cuando allí se enervaba la persecución; ellos también ayudaron á los Alfonso VI y VII en sus expediciones guerreras por toda la antigua Sidonia en 1085 y 1131; ellos al ser des-

(1) Hist. de los Mozárabes por D. Fr. Jav. Simonet. p. VII.

truida Medina y su sede episcopal recibieron á su fugitivo Pastor, que no pudiendo más resistir el empuje de los fieros Almohades, se refugió con parte de su rebaño en Toledo.

10. Pero las terribles incursiones de los Alfonsos en Sidonia, y á las puertas mismas de Jerez, era la aurora de la pronta liberación. Rayó en Castilla aquel astro de santidad y de valor Fernando III, personificación de toda la España medioeval, y victorioso con sus conquistas de Córdoba y Sevilla, dió la batalla de los Olivares, en que manifiestamente favorecido por Santiago, puso el prólogo de la reconquista de Jerez.

Su hijo el Rey Sabio en 1255 la tomó, pero sin cristianizarla del todo, quedándose sólo con el alcázar, cuya tenencia encomendó al indomable Gómez Carrillo. La felonía de los moros seis años después dió ocasión á la toma definitiva y reparto general en 1264.

Desde esta fecha recordad los fastos de Jerez; en 1284 rechazan sus caballeros al Miramamolín, que los cerca después del heroico juramento de San Juan de los Caballeros: en 1295 toma Jerez parte en la rendición de Tarifa; en el mismo año se apodera del castillo de Tempul, y luego asaltan sus caballeros á Gibraltar, y luego en Majaceite y en toda la extendida campiña jerezana; y en 1325 se da la épica batalla de «los cueros» seguida de los destrozos hechos

en *La Matanza* y en *La Matanzuela*; y Jerez en el Salado, conquistando su viejo pendón, y Jerez en Lérida, Valhermoso, el Rancho, Gigonza y Jimena, y en donde quiera que hay peligros y armas y victorias allí Jerez. Y suenan las trompetas de los Reyes Católicos para dar cima á la Reconquista española; ondea por última vez la cruz del rescate, se dirigen las miradas y los corazones á Málaga y á Granada, y allí nos encontramos siempre con los caballeros de Jerez. Mirad y recordad aquella guerra épica, tan llena de glorias y de sangre, y siempre encontraréis los guerreros jerezanos. En las talas de Málaga, Setenil y Ronda, en la sorpresa y ocupación de Alhama, en el socorro maravilloso que el Duque de Medina Sidonia llevó á la guarnición primocupante, en Loja y la desdichadísima Ajarquía, en Zahara, y por último en Granada corre sangre jerezana, se coronan sienes jerezanas, se clavan cruces y banderas jerezanas.

¿Quién podrá referir los nombres de tantos héroes? Garcí Gómez Carrillo, Fortún de Torres, Diego del Pavón, Gutierre de Orbaneja, Pérez de Vargas, Vargas Machuca, Finojosa, los Dávilas, los Yáñez, Gaitanes, Riqueles, Mendozas, los Sarmientos, los Medinas, los Carrizosas, los Melgares, los Riquelmes, Villavicencios, Mateo de Amaya, los Garcí Pérez Rendones, los Fernández de Herrera, Sánchez de Cuenca, Garcías Picasso y Fernández Catalán... ¿quién agotará la lista de tan ilustres nombres? Aunque la

luz nos faltara no lo conseguiríamos; son nombres escritos en el libro de la vida.

Á nosotros nos queda la enseñanza.

Y ¡qué soberanas enseñanzas!

11. Desde las revoluciones político-religiosas del siglo XVI han caído sobre la Europa entera, y por desdicha también sobre nuestra patria, las nubes más densas de ignorancia acerca de los fundamentos del derecho, la esencia y ejercicio de la legítima autoridad, acerca del valor cristiano, de la obediencia cristiana, de la resistencia cristiana, de la que ha llamado Pío X santa rebeldía cristiana. Tales verdades que suponen detrás de sí todo el Derecho natural, toda la Ética, toda la teoría de la esencia y constitución de la Iglesia, toda la doctrina sobre la esencia y los límites del poder civil se resuelven desde aquellas revoluciones luteranas y anglicanas tan mal que, ó se declina en el asesinato y deposición turbulenta de María Estuardo, Carlos II, Luis XVI é Isabel II, ó se cae en el servilismo áulico y en la tiranía de Isabel I, de Cronwell, de Luis XIV, de Carlos III y de Fernando VII.

La verdad filosófica y católica no declina ni á la diestra, ni á la siniestra. Enaltezcan cuanto quieran los eternos adoradores del becerro de oro los progresos modernos del agio, del vapor, de la electricidad, de la voluptuosidad de la vida; yo, sin negar lo que en esto hay de necesario y conveniente progreso,

me doleré siempre del regreso y del olvido en las verdades jurídicas y morales, y me descubriré siempre con veneración ante aquellas generaciones, que las sentían resueltas con clarividencia axiomática.

Porque ese es Jerez en el período del cautiverio y de la reconquista que habemos reseñado.

No estaba nuestra ciudad aislada del resto de España en aquellos siglos, no. Ella, obedeciendo á la verdad perfectamente conocida, á la plenitud de saber cristiano de San Leandro y San Isidoro recibido, no dudó un instante ni titubeó: la guerra religioso-política le llamaba; ella en la frontera de la invasión, y lejos por ende del teatro de la resistencia, se envolvió en la resistencia pasiva y en el sufrimiento, y dejando que profanaran sus campos las hordas africanas, defendía sus templos y estaba alerta para en el momento primero llamar sobre sí al libertador. Apenas puso Alfonso VI su pie en Toledo, Jerez vió cerca su soñada liberación.

Ni fué el valor de la defensa y de la lucha tenacidad orgullosa ó acometividad fiera: era la adoración de un deber y la defensa de la idea más generosa y santa. En la batalla de los Olivares preside á los campeones de Jerez el apóstol Santiago, y su intervención se perpetúa en su ermita primero, en los lienzos luego, en la parroquia que hoy conocemos después; en la primera toma de Jerez Alfonso X quiere dejar el alcázar, como un perpetuo armado en frontera enemiga «teniendo voluntad de servir á

Dios haciendo mal y daño á los moros enemigos de nuestra Santa Fe»; si Gómez Carrillo defiende tan tenazmente su alcázar, que hay que arrastrarlo afuera con garfios de hierro y gruesas maromas; si Fortún abraza con sus brazos troncos el pendón que se le confiara era por cumplir el juramento hecho á Santa María del Alcázar, era por cumplir heroicamente el deber de soldado cristiano en pelea por la fe. Si se ven apretados por los 18.000 ginetes del Miramamolín, los caballeros jerezanos se retiran á la parroquia de San Juan, y ante el altar y entre sagrados juramentos corre la noble sangre de Amaya y de Villavicencio para escribir el pergamino en que se pide socorro al Rey D. Sancho: Dios, acordáos, envió su socorro por la Virgen Sma. de Consolación. Si en Tarifa, en Valhermoso, en Gigonza, en todas partes acometen y destrozan y vencen los pendones jerezanos es al grito de Ntro. Señor y Ntra. Señora, de Santiago y de San Dionisio, sus Patronos. Esta fe les infundía heroismo, como á Antón Sangallo, que del combate de Tempul salió tal que el Cabildo acordó recompensarle «con tantos miles de maravedises al año como huesos le faltaran.»

Mas no era esto el loco furor del orgullo herido, no era, como dan en decir hoy día, el fabuloso ardor de la raza; era el pensamiento de la lucha de la Religión, superior á toda lucha y móvil del heroismo. Dos nombres me bastan para comprobarlo: el Marqués de Cádiz y el Duque de Medina Sidonia.

Largos, muy largos años habia ensangrentado nuestros campos la rivalidad de estos dos leones: yo no discutiré el derecho de cada uno, porque no nos sería posible aquilatarlo, diré sólo, que tales escenas son tolerables, y se compensan con los bienes que resultan del poder privilegiado, que se gana peleando por Dios y por la patria. Así lo entendieron las ciudades, los cabildos y los reyes que acudieron á remediar los males sin secar las fuentes de los bienes. Todo inútil: encastillados ambos próceres en sus fueros y privilegios seguían en su enemistad. Sólo la Religión, sólo Dios pudo domeñarlos y los domó. Resonó en 1482 la poderosa voz de los Católicos, que señalaba el reino de Granada como última etapa del arduo camino comenzado en el Auseba, y saltó á la lid el de Cádiz, armó sus héroes y cayó sobre Alhama. Sorprendido el moro se rindió. A la sorpresa siguió el rehacerse, dar alaridos, convocar vengadores, que se situaron á las raíces de Alhama para estrechar y aniquilar al Marqués de Cádiz. Inquiétase Isabel, aflígese Fernando, envíanse emisarios, desconfiase del remedio, cuando un día ve el afligido sitiado moverse en el horizonte pendones cristianos, andaluces. Era Medina Sidonia! Pelean, luchan, vencen, y á las puertas de Alhama un abrazo eterno prueba que el móvil de la campaña era Dios, sólo Dios, ante quien son corderos los leones de Sidonia.

Mas si el valor no era un arrebató ó una tenacidad,

la campaña, la resistencia, la vida española y jerezana no era un azar.

Perfectamente delineados y divididos los derechos y los deberes en aquel pueblo, ni el Rey fué nunca un juguete que reinara sin gobernar, ni los pueblos y súbditos pan que devoraran los monarcas.

Era el 7 de Octubre de 1477, siempre la fecha de San Dionisio y sus proximidades! y los Reyes Católicos visitaban á Jerez. No me fijo en el espectáculo de Cabildos, pendones, caballeros, infinita muchedumbre que salieron á la puerta de Santiago; reparad tan sólo cómo se detienen las dos comitivas, la que llega y la que sale, cómo se adelanta la Ciudad representada por sus dos brazos eclesiástico y civil, y cómo abriendo los Evangelios y el fuero de sus franquicias y privilegios jerezanos piden por aquellos juramento de cumplir éstos; cómo hincada la rodilla el Rey, y extendida la mano la Reina, pronuncian la sacramental palabra, y cómo así admite Jerez á sus Monarcas dentro de sus murallas.

12. Resumamos, señores y hermanos míos. Jerez durante el periodo magnífico de su grandeza y de su cautiverio trabaja por la paz y la justicia, fundadas en un profundo y copioso conocimiento del derecho cristiano; Jerez, no aislada de toda España, sino cooperando á su obra general de restauración cristiana, cimenta su paz, su justicia y la felicidad que de ellas emana en la Religión Católica, conside-

rada como un derecho digno de la defensa por la espada, derecho amado hasta el heroísmo, derecho guardado con verdadero culto; Jerez, como toda España, ama este derecho, no ciega, no feralmente, sino con toda la prudencia de quien se prepara y se apercibe, pero de quien sabe morir antes que vacilar; Jerez ama esa justicia y esa paz en sí y en sus hermanos, no parando, ni descansando hasta llevarla á Tarifa y Gibraltar, á Málaga y á Granada. Pueblo heroico que responde á la idea que Dios, que su Rey tuvo de él, cuando Dios le dió al Areopagita por patrono y modelo, y el Rey al mar por escudo; Dios y el Rey le dijeron: *Pax tua et justitia tua sicut gurgites maris.*



13. Y entramos en los dos siglos que siguieron á la Reconquista.

No es posible al filósofo católico, que estudia la grandeza ó decadencia de los pueblos á la luz que irradia el Calvario, llamar á aquellas dos centurias en España sino felices y bienhadadas. Nubes pudieron empañar algún punto de su espléndido cielo, deficiencias personales á las que naturalmente viven expuestas las monarquías hereditarias, días de luto que Dios dejó venir sobre ellos para prueba de su fe y de su constancia, sucesos desgraciados, pero heroicos, en que una nación mártir se corona en los campos de Flandes cañoneada por los fuegos de Condé;

todo eso hubo, pero compensado con la empresa tradicional y gigantesca que España echó con Carlos I sobre sus hombres; empresa de Hércules, que no fué otra, sino la de detener y aniquilar la Revolución religiosa en Alemania, Austria, Italia, Inglaterra, Holanda y Francia; la de reprimir y contener las piraterías de los hijos de Mahoma en Orán, Argel, Malta, Grecia y todo el Mediterráneo, y la de ser el apóstol armado de Dios para introducir la fe en las Indias, Japón, China, Islas del Pacífico, entrambas Américas, y en todo aquel Nuevo Mundo, é introducida defenderla en todo el Océano contra las piraterías de holandeses, ingleses y franceses, armados todos en provecho del cisma y la heregía de Lutero, Calvino é Isabel de Inglaterra.

En buen hora la Historia reciente y moderna, sin más ideas que el comercio y la factoría, y sin otro criterio sino las ventajas materiales, abomine de aquellos doscientos años de fe heroica, de empresas gigantescas, de sucesos prósperos ó adversos, pero siempre grandes y sobrehumanos; que la luz que irradia del Calvario los juzga de muy distinto modo, y execra y anatematiza á las naciones, cuyo culto es la ganancia, cuyo dios es el oro, y para quienes el mundo es solamente una bolsa ó un zoco.

España no lo pensó así.

En ella durante aquel glorioso pasado se verifican las palabras de Dios, que son la idea de este sencillo panegírico: *Pax tua et justitia...* Amazona

armada siempre para sostener y defender la paz y la justicia, fundaba la suya en profundo conocimiento del dogma y de la filosofía católica, que vivificaba toda su vida en todos los órdenes del saber y de la actividad humana: este saber abundante, hondo é insondable, abismático, si vale decirlo, era el que presidía en las escuelas teológicas y filosóficas, el que vivificaba el derecho, movía las armas, encendía el númen, alzaba legiones de apóstoles y descendía hasta las matemáticas, la física y la cosmografía, ramas y derivadas de la filosofía natural. Sentido y profundo conocimiento de la verdad, que por asentar la paz y la justicia, estaba en perpetua lucha y combate *Pax tua et justitia tua...*

Jerez, fiel á su escudo, fiel á la imitación del Areopagita, no se manifestó ajeno á este pelear de toda España. Y al estallar la guerra de la Alpujarra, donde tan gloriosamente triunfó el Joven de Austria, Jerez acudió al llamamiento con sus hombres y dineros, con su pendón jurado por sus Caballeros, y llevado por Juan de Villalba su Alcalde Mayor. Y Jerez respondió también contra los ataques de los cosarios franceses en Cádiz, y en la expedición á Sierra Bermeja, y en Gibraltar, una y otra vez comprometido en 1515 y en 1516, y en las repetidas expediciones á Orán, Túnez y Berbería, y á las costas africanas del Mediterráneo contra los Turcos y enemigos de la cristiandad. Jerezanas son, vedlas, las 250 lanzas que vuelan en 1513 en ayuda de los

Estados Pontificios; jerezanos son los que en 1503 acompañan á Colón en su segundo viaje de descubrimiento; jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca, conquistador de la Florida, cuyos azares y peligros nos dejó él escritos y relatados.

Y al paso de las sangrientas luchas de la espada, corren también las pacíficas de la oración y de las letras. Jerez vió durante los siglos XVI y XVII poblado su suelo y sus campos de monasterios y conventos, de donde salieron y donde se formaron muchos hijos de Jerez, ó por naturaleza ó por educación como el Bto. Juan Grande, Fr. Jerónimo Adorno, confesor de D. Pedro González de Mendoza, el venerable Fr. Francisco Camacho, el fervoroso Fr. Agustín Salucio, el Obispo de León D. Pedro Fernández Cabeza de Vaca, el erudito en glorias jerezanas Fr. Esteban Rallón, el claro escritor Fr. Juan Jiménez, el canonista Marcelo de Villalobos y otros innumerables.

*Pax tua et justitia tua sicut gurgites maris.* Así fué, oh Jerez, ilustre patria mía, el reinado de la verdad, de la justicia y la paz en tu suelo. Protegida tú por el Areopagita, que lleno de la verdad católica peleó, luchó y se ciñó la corona inmortal; tú luchaste primero, y viviste lleno de la doctrina legada por Isidoro y Leandro, peleando por el martirio en los siglos de la cautividad y esclavonía; peleaste y luchaste ayudando á España en su Reconquista prodigando tu sangre y tus guerreros, cerca y lejos, en

Europa y en Africa; peleaste y luchaste sin tregua ni reposo acompañando á España en sus empresas contra el Turco, en sus guerras de Italia y Flandes, en la evangelización y conquista del remoto Océano; peleaste y luchaste por la espada y por la pluma, con los pinceles del artista como Pacheco, y con la doctrina de los doctos, como Hinojosa y Barahona Padilla; peleaste y luchaste siempre, y por eso Dios te coronó y te bendijo con la riqueza del suelo, que es la feracidad de tu tierra, y con la riqueza del cielo, que es el talento y el valor, la ciencia y la santidad de tus hijos: esos son los corales que Dios crió en los senos de ese mar siempre en fecunda y generosa pelea. *Pax tua et justitia sicut gurgites maris.*



14. Hoy día vivimos en indudable decadencia.

Pero evitad, señores y hermanos míos, el escollo fatalista en que podemos dar impelidos por nuestro orgullo herido. Vivimos en decadencia, más no en una decadencia fatal, sino en decadencia voluntaria, obra de la voluntad de muchos, y que la voluntad de muchos puede remediar.

Los griegos livianos, entretenidos en curiosear novedades, mientras que la reprensión candente de Demóstenes les azotaba el rostro, y mientras los caballos de Filipo macedonio pisaban sus campos, son un pueblo decadente; los proverbiales recreos de Capua, donde Aníbal y sus soldados ajan y mancillan

los lauros de Cannas, anuncian la decadencia de una raza; los convites de Lúculo y de Heliogábalo, las orgías del palacio de Nerón y del Coliseo son los preámbulos de la raza de Angústulos, aventados por el huracán germánico; y con todo, ni Grecia murió del todo, sino que mezclada en las legiones de Alejandro recogió nuevos laureles contra los persas; ni Africa no pudo resucitar más tarde en las grandezas y esplendores del Africa del primer siglo después de Cristo; ni Roma misma cerró la puerta á las brillantes épocas de Trajano, Constantino y Teodosio.

Mas entre los cristianos eso es más palpable: entre las tinieblas de los estados bárbaros surge momentáneamente Clodoveo en Francia, Recaredo y Recesvinto en España, Teodorico en Italia, Carlomagno en el imperio neoromano para ser sucedidos por las vergüenzas de Vitiza y D. Rodrigo, de los gobernadores bizantinos y de los divididos y belicosos carolingios. En nuestra España el Guadalete está junto á Covadonga, la dinastía de los Trastamaras anuncia el día de los Reyes Católicos.

¿Qué quiero inculcar con esto?

Lo que la observación diaria nos confirma y certifica también.

No es la decadencia de nuestra patria algo que haga alumbrar menos á nuestro sol, algo que merme la feracidad de nuestro suelo, algo que oscurezca la luz de nuestros ingenios, algo, por fin, que reste la nobleza de nuestras almas; no. Dios Ntro. Señor,

que favoreció las fenicias colonias de Xera y las esclavas regiones del muzárabe Xereto; el mismo Dios derrama hoy sus lluvias y sus soles sobre el entristecido Jerez del siglo XX. Y al compás de nuestros campos, de nuestras nubes, de nuestros soles y de nuestros cielos va también derramando talentos en nuestros entendimientos, rectitud y heroicidad en nuestros pechos. Y por eso en estos siglos de decadencia se ven aislados hechos nobles, talentos clarísimos, voluntades firmes en todos los órdenes de la vida y en todas las vicisitudes de la historia.

La decadencia es otra cosa.

La decadencia es cuando Cartago rompe su historia de señora del Mediterráneo, y cuando Roma reniega del pasado de sus Escévolas y Escipiones, cuando Francia blasfema de su encargo de hija primogénita de la Iglesia, y cuando España trueca su carácter de paladín del catolicismo y apóstol de Jesucristo por pediseca del orgullo de Luis XVI, ó portavoz y eco de las blasfemias de la Enciclopedia. Rota entonces la cadena áurea de su tradición y de su Historia, desamparada del patrocinio que sombras augustas le daban, despojada de las fuerzas que el ejemplo de diez centurias le infundía, arrojada por Dios á sus energías naturales, rendida ante los enemigos que la envidiaban y acechaban, vive, ó mejor, muere entonces sin historia, sin ideas, sin energías, sin protección de Dios.

No podemos, ni debemos negarlo.

Los principios del siglo XVIII marcan un cambio radical en nuestra vida nacional; la cruzada por Dios, por la Religión Católica y por la fe desaparece de nuestras empresas nacionales; si se pelea es ó por los intereses de una dinastía ó por el orgullo y prestigio humano; en nuestro solar entraron en mal hora todas las opiniones de la filosofía, todos los cultos de la teosofía, y una á una nuestras tradiciones, nuestras instituciones y glorias fueron burladas por los nuevos hijos de España; usos, costumbres, modas, lenguaje todo sufrió el sello y el hierro de la esclavitud extranjera, de forma que para hablar con estima de lo nuestro hemos de agradecer las inspiraciones de Alemania. ¿Qué ha quedado, pues? El valor, el esfuerzo, la fe individual. Ese valor, ese esfuerzo, esa fe removi6 un momento á España en 1793 para lanzarla contra la Revolución francesa, pero qued6 ahogado el movimiento entre las manos vendidas de Aranda y de Godoy; en 1808 surgi6 de nuevo esa fe, ese esfuerzo y ese valor individual, que sostenido por el interés de Europa hizo que Bailén fuera el antecedente necesario de Waterlóo; ganada la batalla se burlaron de la fe y del valor y del esfuerzo individual español. Desde acá, todo lo mismo. Tenemos hombres aislados, parece que nada más.

15. Será posible para España, para nuestro querido Jerez esa restauración?

Por qué dudarlo? *Pax tua et justitia tua sicut...*

Vuelva el Patrocinio de San Dionisio á infundir en nuestro pueblo jerezano ese saber popular y completo del derecho y de la fe cat6lica; vuelva nuestro pueblo á vivir en perpetua lucha, *sicut gurgites maris*, por esa paz y esa doctrina cat6lica; torne las armas de su ingenio, de su elocuencia y de su poder contra el enemigo del escepticismo que enerva, de la tolerancia que divide y enemista, de la libertad de perdición que corrompe, vuelva á vivir en la lucha mozárabe, ó en la lucha reconquistadora, ó en la lucha expansiva y civilizadora; vuelva San Dionisio á ser de hecho su modelo y su Patrono; vuelvan las nobles peleas del saber, de la fe y de la virtud á ocupar nuestras almas y el Patrocinio de San Dionisio será nuestra única resurrección.



16. Así lo espera, gloriosísimo Areopagita, Jerez entero hoy postrado á tus plantas: ya que te debe por tu favor y tu imitación la gloria de su Reconquista, las proezas de su fecunda historia, débete asimismo la resurrección y el resurgimiento de la mortal enfermedad en que la general apostasia le ha sumido.

Y vosotras, sombras y almas ilustres de nuestros mayores, que rodeáis victoriosas el trono de San Dionisio, despertad en los pechos de vuestros hijos

amor á esa perenne lucha, que os coronó en la tierra,  
y os corona en los cielos, para que deseando nosotros  
ser lo que fuísteis consigamos llegar á ser lo que  
eternamente sois.

*Asi sea.*

